LA NOVELA CORTA

LOS AMORES DE FAUSTINO

por

Carmen de Burgos
(Colombine)

10 cts.

Año V
N.º 254

LA NOVELA CORTA

Madrid 30
Oct. 1920

DIRECTOR: JOSÉ DE URQUIA

ADMINISTRACIÓN: MADRID. — CALVO ASENSIO, 3. — TELÉFONO J-624. — APARTADO 498

Sumario de obras publicadas en La novela TEATRAL.

Galdós.—49. Electra.-53. Doña Pertecta.-58. La loca de la casa.-62.-Realidad. 82. La de San Quintín.-*Sor Simona.

Benavenete.—9. Todos somos unos.-102. La copa encantada.- 107. El marido de su viuda.

Quintero.—66. Doña Clarines.-71. El patio. 75. La escondida senda.-88. El niño prodigio.-**Pepita Reyes.

Guimerá.—113. María Rosa.-114.-Tierra baja.-196.-Agua que corre.

Linares Rivas.-16. El Cardenal.-99. La Cizaña.-101. Bodas de plata.

Martínez Sierra.—29. Primavera en Otoño.-**El ama de la casa.

Tamayo y Baus.—136. Un drama nuevo *La bola de nieve.-*Lances de honor.-149. La locura de amor.-177. Lo positivo.-*Virginia.

Dicenta.—6. El lobo 14. Sobrevivirse 24. El señor Feudal.-38. El crimen de ayer.-60. Daniel.-69. Amor de artistas.-77. Aurora-92.-Luciano-**Juan José.

Zorrilla.-188. El Alcalde Ronquillo.-130. El Zapatero y el Rey.-131. Sancho García.-148. El puñal del godo.-171. La mejor razón, la espada.

Villaespesa.—10. El rey Galaor.-23. Aben-Humeya.-37. Doña María de Padilla.-65. La leona de Castilla.-*El Halconero.—**El Alcázar de las perlas.—28. La Gioconda.

Marquina.-154. En Flandes se ha puesto el sol.- 182. Doña María la Brava.-201. El Retablo de Agrellano.- *Las hijas del Cid. - 195. El Rey Trovaddor.

Ramos Carrión. — 84. El noveno mandamiento.-86. La Tempestad.-95. La Bruja.-155 La muela del juicio.-104. El bigote rubio-.106. Los sobrinos del Capitán Grant.-179. Micara mitad. 123. Los señoritos.-*La criatura.-90. La Marsellesa.

Vital Aza.—32. Francfort.-33. La Rebotica--36. Ciencias exactas.-39. La Praviana.-45. Parada y fonda.-50. Tiquis Miquis.-63. La sala de armas.-157. Las codoruices.-137. El sueño dorado.- 125. El matrimonio interino.-*Llovido del cielo.-197. El señor cura.131. El sombrero de copa.-*Con la música a otra parte.-191. El afinador-200. Perecito

Ramos Carrión-Vital Aza.—147. El señor Gobernador.-119. Zaragüeta.-183. Robo en despoblado.-151. El padrón municipal.-110. El oso muerto-.132. La ocasión la pintan calva.118. El rey que rabió.

Echegaray (Miguel).—44. La viejecita.—50. Gigantes y cabezudos.-76. El dúo de la Africana.-91. La Rabalera.-115. Los demonios en el cuerpo.-178. La Credencial.-163. Los Hugonotes.-120. Entre parientes.—11. El octavo no mentir

Arniches.—2. La sobrina del cura.-11. La casa de Quirós.—18. Las estrellas.-20. Doloretes.-21. La señorita de Trévelez.-43. La gentuza.-67. La noche de Reyes.

Arniches -- García Alvarez. —15. Alma de Dios.-17. El pobre Valvuena.-70. El terrible Pérez.-78. El fresco de Goya.-83. El método Górritz.-87. El cuarteto Pons.-7. Mi papá.-124. El pollo Tejada.-128. El perro chico.-105. Gente menuda.-122. El príncipe Casto.

García Alvarez--Muñoz Seca.—8. El verdugo de Sevilla.-12. Fúcar XXI.-34. La frescura de Lafuente.-51. El último Bravo.-56. Los cuatro Robinsones.-64. Pastor y Borrego. - 73. Trampa y cartón.-193. Faustina.

Paso-Abati.—13. El río de oro.-40. El gran tacaño.-116. La Divina Providencia.-*El infierno.-*Los perros de presa.-*El paraíso.- *La mar salada.-*La bendición de Dios.-*El Asombro de Damasco.—*El tren rápido.-*El velón de Lucena.-*Nieves de la Sierra.-* La alegría del vivir.

Perrín - Palacios.-74. La Corte de Faraón 80. La manta zamorana.-81. Pedro Giménez. 89. La Generala.-93. Pepe Gallardo.-109. El Húsar de la Guardia.-142. Enseñanza libre.-*Cinematógrafo Nacional.-*Ceatamen Nacional.-194. Cuadros disolventes.-150. La tierra del Sol.-*Las mujeres de don Juan.-146. El País de las Hadas.

Torres del Alamo-Asenjo.—22. Serafina la Rubiales.-61. El chico del cafetín.-165. La boda de Cayetana.-176. La suerte de Salustiano.-161. Los pendientes de la Trini.-7. Charito la Samaritana.-181. El tenor.

Paradas - Jiménez.-170. La Chicharra.-168. Las Corsarias.-174. La Madrina.-172. El nido del principal.-189. La casa de los milagros.-198. La Canastilla. -185. El primer rorro. - *La suerte perra.

COMEDIAS Y ZARZUELAS

1. Trata de blancas.-3. El místico.-4. Los semidioses.-5. Las cacatúas.-18. El hombre que asesinó 25. La eterna víctima.-26. Jimmy Samson.-27. López de Coria.-31. El misterio del cuarto amarillo. 35. Primerose.-38. Raffles.-41. Mirandolina.-42. Genio y figura.-47. Petit-Café.-48. Los Noveleros.-54. La Tizona.-55. Miquette y su mamá.-57. Los gemelos.-98. La cena de las burlas.-100. Franz Hallers.-108. La tía de Carlos.-141. La barba de Carrillo.-103. La Tosca.-112. Fedora.-121. Los gansos del Capitolio.-129. El director general.145. El crimen de la calle de Leganitos.-160. La señorita del almacén.-117. El oscuro dominio.-146. Lo que ha de ser.-143. El Revisor.-153. La Ciclón.-166. La pesca del millón.-140. Papá Lebonnar.-173. Jettatore.-156. El amor vela.-139. Jarabe de pico.-167. El señor Duque.-169. El Gobernador de Urbequieta.-133. ¡Tocino del cielo!-134. Militares y paisanos.-135. Muérete ¡y verás!-144. Blasco Jimeno.-152. Don Francisco de Quevedo.-164. El Ladrón.-46. La alegría de la huerta.-52. La marcha de Cádiz.-68. Los cadetes de la reina.-72. La Tempranica.-85. La balsa de aceite.-84. El padrino de «El «Nene».-96. El señor Joaquín.-79. El niño judío.-127. Tonadillas y tonadilleras españolas.-158. Cantables célebres de zarzuelas españolas.-159. Ninón.-162. Pancho Virondo.-175. Chistes célebres de zarzuelas españolas.-180. Situaciones cómicas en el teatro español.-184. La tragedia de Laviña.-192. Los amantes de Teruel. *El Gavilán. - 187. Los amigos del alma. - 190. El duelo. - 199. Marcela, o ¿A cuál de los tres?-202. La canción del olvido.-203. La historia del Don Juan Tenorio.

Número atrasado: 10 cts. sobre el precio que marca el ejemplar.

LOS AMORES DE FAUSTINO

NOVELA INÉDITA

Carmen de Burgos (Colombine)

I

LA DAMA DE LOS PARQUES

La tarde frutal, dulce y madura, de Lisboa, se sentía más intensamente allí que dentro de la capital. Ana se había acostumbrado a saber distinguir unas ciudades de otras por el color de su luz, por las suavidades de su ambiente, a cuyas sensaciones la disponía una excepcional sensibilidad.

Si alguien la hubiese seguido en sus contínuos viajes, la hubiera llamado la *Dama de los Parques*. En todas las poblaciones donde se detenía algún tiempo, la conocían por su asidua concurrencia a los jardines zoológicos. Había la seguridad de encontrarla en ellos, de tal modo, que se le podía dirigir la correspondencia, poniendo en la dirección: «Visitante del Parque Zoológico», con la seguridad de que llegaría a ella.

En Madrid no había visitado más que raras veces la *Casa de fieras del Retiro*, como le llamaban vulgarmente al Parque Zoológico, cuando tenía que acompañar a alguna amiga provinciana en su visita a la corte. La necesidad de atenderla, con esa especie de masonería de las mujeres, a la que rinden culto las que por viajar mucho saben lo necesario que se hace la confraternidad en países extraños, la obligaba, en su hospitalidad, a frecuentar los lugares de Madrid a donde no iba jamás sin esa circunstancia.

Luego, en el extranjero, se reprochaba ella misma aquel abandono; pero en realidad no pendía de su voluntad, se lo imponía la vida que la avasallaba con la dominación poderosa de la ciudad que se hacía superior a e'la. Se sentía envuelta en la red de relaciones sociales, a las que no podía sustraerse. Se cometia una verdadera injusticia con aquel parque de Madrid, teniendo tan descuidada la colección de fieras, de aves y de animales raros, que debía ser la primera de Europa para corresponder a la magnificencia del Retiro.

Generalmente, la visita a la *Casa de fieras* en Madrid, era cosa de la gente que llegaba de los pueblos, de los aldeanos, *los paletos*, como burlonamente les llamaban, y de la multitud de niñeras, de amas de cría, que son las únicas visitantes habituales.

Había sido en el Parque de Madrid donde había conocido a Antonio. Estaba entonces aun casada con aquel marido, cuya muerte fué para ella una liberación. Allí se habían deslizado unos amores culpables e inocentes. Ella iba a la *Casa de Fieras* a buscar una especie de refugio, lejos de los lugares concurri-

---

Las novelas «inéditas» que publica esta Revista, son pagadas como INÉDITAS y consideradas como tales bajo la exclusiva responsabilidad de sus autores,

dos, para ocultar los desengaños y los dolores que recogía continuamente en el trato brutal de que su esposo la hacía víctima.

Todas las tardes encontraba a Antonio, que la esperaba ante la jaula de aquel pobre elefante viejo, indudablemente enfermo y asmático, sin que nadie lo sospechase, que debía tener recuerdos de las selvas en que corrió su mocedad; y aparecía siempre tan tranquilo, tan resignado, con su pesadez búdica. Era una cita tácita, a la que acudía diariamente.

Muchas veces le daba vergüenza acercarse, y se iba a pasear por el lugar destinado a las aves. Habían quedado entre todas, en su recuerdo, aquellas gallinas moñudas, con cresta encarnada y copete blanco, de cabecitas erguidas y cuerpecillos finos y pizpiretos, con su cola abarquillada hacia arriba y las patas ágiles, desnudas de pluma. Le evocaban a las antiguas majas, airosas, de falda corta y clavel y mantilla blanca, porque en su fantasía encontraba siempre ciertos parecidos y rasgos de persona en la contemplación de los animales; algo que los personificaba. Lo que le causaba un miedo terrible era aquel pájaro de pico largo y curvo, que le daba la sensación de que había de clavárselo en medio de la cabeza.

Llegaron a hablarse, a pasear juntos, a decirse su pasión. Ella le contaba sus pesares, su desencanto de niña educada en un convento, a la que los padres llevan a un matrimonio que creen ventajoso, con un hombre rico, viejo, enfermo y vicioso, que la brutaliza hollando todos sus pudores. El la escuchaba estremecido, desesperado, celoso, pero hallaba en su amor bastante nobleza para no hacerla más desdichada con el peso de una falta. Era como el hermano, a cuyo lado reposaba en una ardiente ternura. El mismo la aconsejaba y la sostenía en sus desfallecimientos.

Las mejores horas de su vida estaban unidas al recuerdo de aquel parque, donde su corazón había amado por la primera vez.

Cuando se quedó viuda tuvo miedo de manchar su conciencia con un sentimiento de gozo involuntario al pensar que ya era libre para unirse a aquel hombre que tanto amaba. Su piedad por el esposo muerto fué sincera; pero el amor que profesaba a Antonio se sobreponía a todo. ¿Cómo esperar a que pasase el tiempo del luto para verlo? Estaba presa en aquella red de convencionalismos sociales que tan rigurosamente guardaban su madre y sus hermanas casadas. Su posición social era demasiado visible para no causar escándalo cualquiera infracción del severo código del buen tono.

Así, ella pretestó que necesitaba alejarse de Madrid para reponer su salud, y escapó a Italia, a Roma; Antonio la siguió.

Todavía allí tenían miedo de ser observados. Los conocían demasiadas gentes en todas partes. Por eso, para escapar a las indiscreciones se citaron en *La villa Médicis*. Fué allí, en aquel jardín de los antiguos magnates, donde volvieron a encontrarse; ella con su velo flotante de luto; él con su traje de viaje, que no se había quitado aún. Libres, en plena naturaleza, sintiendo toda la vida vibrar y desbordarse en su amor y su juventud, habían corrido el uno al otro, y sin darse cuenta, sin premeditación y sin coquetería, se habían unido en un beso ansioso, largo, suspirado... No podían olvidar jamás aquel primer beso; cuando al separar las cabezas se encontraron frente a dos leones que estaban a pocos pasos de ellos, libres, sueltos, sin jaula, merced a aquel procedimiento de cavar a su alrededor la gran zanja que el animal no puede saltar. Nada en torno de ellos daba la impresión de que estuviesen prisioneros; experimentaban la emoción, pasado el terrible susto, de no creerse completamente seguros; miedo de que no se hubiera calculado bien la distancia que podía saltar el felino. Veían con miedo su fiereza un poco fanfarrona de valentón. Roma debía tener en su escudo el león con más razón que ninguna otra ciudad, porque ninguna como ella había ofrecido en sus circos tan suculentos banquetes a los *matadores de hombres*.

Su luna de miel de amantes en el ambiente romántico de Roma tuvo por fondo la belleza incomparable de *La villa Médicis*.

Desde entonces, los dos enamorados viajaban constantemente. En las ciuda-

des extranjeras eran ellos los que dominaban a la ciudad; no se sentían sujetos y empequeñecidos como en Madrid. Una multitud desconocida los dejaba perfectamente solos, aislados entre ella; se sentían más libres, más desligados de obligaciones. Era como si se escapasen a la frivolidad de la vida para gozar una existencia interior, suya. Por eso sus viajes se multiplicaban y eran más felices, más independientes, más el uno del otro, en la soledad de la ciudad desconocida.

No se habían querido casar encantados de aquella perpetua luna de miel de su amor, oculto en una tenue penumbra donde, sin llegar a la sombra del misterio, conserva pudores de secreto. Tenían miedo de que al cambiar su forma de vida pudiese perder en intensidad su pasión. Así se amaban con mayor ternura cada día, con mayor ilusión, y no se atrevían a tocar a la fuente de aquel manantial de su pasión, temerosos de enturbiarlo.

No hacían ese alarde de su amor que hacen los matrimonios y los amantes vulgares. No pesaban el uno en el espíritu del otro ni coartaban una absoluta libertad. Cada uno hacía su vida con independencia y con un mutuo respeto a los derechos que su corazón había concedido al otro, dentro de la gran estimación que se profesaban. Ni siquiera cuando estaban solos en el extranjero hacían esa vulgar vida en común, que hubiera acabado por atrofiar a ambos. Seguían independientes, dándose aquellas citas de enamorados, a las cuales acudían siempre latiéndoles el corazón de impaciencia y de amor a través de los años.

Casi todas sus citas eran en el Parque Zoológico. Seguían también fieles a aquella costumbre. Lo habían elegido porque era el lugar más apartado de las grandes ciudades, donde las gentes se miraban menos, donde se prestaban una atención menos molesta los unos a los otros. Las fieras, los animales raros y las aves, eran como el pararrayos de las miradas indiscretas.

Era lastimoso no poder hacer la misma vida en España. Después de recorrer toda Europa, ambos estaban de acuerdo, cuando desde cualquiera de aquellos puntos de Europa su recuerdo viajaba hacia Madrid, de que éste no tenía rival en el mundo.

—No hay en ninguna otra parte ese ambiente acogedor, agradable, familiar y pintoresco de nuestro Madrid —decía ella.

—Es que Madrid es un compendio de toda España. Hay en él una Castilla menos árida y una Andalucía más depurada —contestaba él.

—La única gran capital del mundo donde hay un ambiente provinciano, que no perjudica su grandeza—añadía Ana.

Venían las comparaciones.

—No es más hermoso el jardín del Boboli, en Florencia, ni tiene más rosas que la rosaleda del Retiro, comparable sólo a la Bagatella de París, con sus macizos de rosales, sus arcos de rosas, sus cenadores cubiertos de guirnaldas de rosas. Aquel penetrante olor, que embriaga, tan puro, tan limpio, sin ese fondo de alcohol de las esencias y sin ese pequeño tono que ponen los tallos cortados en el aroma de las rosas.

—Ni es más lindo el Haide Rarck que nuestro Retiro, con sus magníficas avenidas de árboles, sus jardines ingleses, sus tapices de flores.

—Ni la *Floresta de los Sueños*, de Bruselas, se compara con la Moncloa y el Parque del Oeste.

Era única en el mundo aquella confianza conque se podía ir de madrugada en coche, a través de los jardines románticos de María Luisa, para cruzar el bosque de la vieja y tradicional Moncloa, las soledades del coto de la Casa de Campo, espantando la caza de los montes del Pardo, que viene al apacible refugio de los llanos, hasta la *Cuesta de las Perdices*. Noches inolvidables de luna en los Altos del Hipódromo, bajo aquel cielo único, donde se daban cita todas las estrellas, como coquetas que quieren dejar ver su hermosura y desfilan ante los anteojos fijos en ellas allá abajo, en la alta torre del Conservatorio.

Parecía que en aquellas noches apacibles el cielo entero daba una vuelta so-

bre sus cabezas para mostrar toda su belleza; era toda la augusta calma de Castilla, toda su severidad hecha dulzura la que se respiraba allí, la Castilla que había cambiado la férrea fiereza de los celtíberos por la dulce austeridad de los hidalgos cristianos.

II

LAS LANGEIRAS

Durante la guerra se habían aficionado a ir a Portugal. Ya conocían bien aquel pequeño parque que tenía por fondo el jardín lleno de recuerdos cortesanos de la brillante corte de los antiguos reyes portugueses.

Aquel lugar ocupado en parte por los animales, en parte por esos pobres árbales y plantas, apiadables, que llevan el cartel en que está escrito su nombre colgado de una rama, en los jardines botánicos, había sido el solar de fiestas reales y caballerescos torneos. Allí donde estaban las jaulas de las fieras habían paseado bellas damas y elegantes galanes de la corte, opulentas *morgadas* y nobles cortesanos, entretenidos en amorosos discreteos. Tal vez podrían hablar los añosos árboles de alguna regia aventura de amor.

Ana se sentía bien allí. Los Parques Zoológicos tenían la particularidad de hacerle olvidarse de que estaba fuera de España. Se parecían tanto todos, que en ellos se sentían menos extranjeros. A veces era una sorpresa aquel aviso de que se iba a cerrar, que les recordaba la distancia a que se hallaban de su bella casita de la calle de Zurbano.

No habia contado con la festividad del día y se quedó sorprendida de hallarse con tanta gente en el jardín. Aunque hubiera preferido la soledad, aquella concurrencia le era simpática. Formaba una gran opinión del pueblo que gustaba de acudir a su jardin zoológico; revelaba una afición a los goces puros, un espíritu juvenil y sano.

Apenas pasó la gran puerta de hierro, donde se vendían las entradas y las tarjetas con vistas de los jardines, escenas de la guerra, y del olivo plantado para conmemorar la Paz,se dirigió hacia la izquierda.

Las jaulas de las aves aparecieron ante ella, que pasó sin hacer gran caso de los bellos pájaros de plumajes brillantes para seguir hacia donde estaban las fieras.

A pesar de lo lavado y cuidado de las jaulas y paseos había allí un olor de estiércol fresco, de un barrizal apestoso, un humillo que dejaba percibir el fato especial de los cuerpos de las bestias.

Le había dicho a Antonio que lo esperaría junto al estanque de la foca, pero aun era temprano y tenía tiempo de volver a ver todos aquellos animales, sus antiguos conocidos del otoño anterior. Iba a verlos como pasando una revista a una casa que era suya, para convencerse de que no le faltaba ninguno. Tenía miedo de que le sucediese como en su último viaje a París, después de la guerra, que no había encontrado en el Jardín de Plantas ni la mitad de sus antiguos amigos

Durante los últimos cinco años habían dejado perecer una gran parte de aquellos pobres animales. Faltaban los elefantes de Africa y los tigres. De la colección de leones no quedaban más que tres.

Eran unas víctimas de la guerra en las que nadie pensaba. Las habían dejado perecer porque su sostenimiento era demasiado costoso ¡Quién sabe si se habría vendido su carne! y ahora ni el escaso presupuesto permitía pensar en alimentar mayor número de bestias ni se podian adquirir a los precios cuadruplicados, de antes de la guerra. Una pareja de tigres que valía 6 000 francos, costaba ahora 25.000, y no se podía comprar un león por menos de 5.000. Los catálogos de los grandes mercados de Hamburgo y Anvers tenian precios aterradores.

Estaban amenazados de muerte aquellos parques ¿Si esto era en Francia,

que sería en Alemania, en Italia, en Holanda y en Bélgica? Sentía esa pena que e experimenta siempre al ver desaparecer las cosas que nos son habituales.

De cada uno de aquellos parques, donde tan felices horas había pasado, conservaba un recuerdo, al que se subordinaban todas sus demás impresiones; la del Parque de Lisboa eran la foca y *Faustino*.

Faustino le interesaba sobre todo. Recordaba su sorpresa la primera vez que lo había visto: era un cuadrumano tan evoluto que estaba más cerca del hombre que del mono.

Esta impresión debía ser general porque todos los que iban al Parque entraban preguntando por él. En su primer viaje, en los días que sin entender bien el idioma vagaba por el jardín, le llamaba la atención cómo todos repetían el mismo nombre: «Faustino», «Faustino.»

Ella se entretenía en examinar los tipos que entraban. Aquel buen aspecto de burgueses reposados y satisfechos, que tenían la mayor parte de los concurrentes.

Aquí iban juntas familias enteras, numerosas, llamándose para no perderse, padres, abuelos, hijos y nietos, que hacían del paseo una verdadera fiesta.

Veía pasar muchas jovencitas con sus madres, acompañadas de sus enamorados, como en España. Nada de aquellas parejitas ni de aquellas mujeres provocativas y elegantes, que formaban la concurrencia del Parque de Hamburgo. Esta era una concurrencia burguesa, honrada, de trabajadora clase media, que busca una distracción honesta y barata. Se mezclaban aquellas señoritas sencillas, modestas, con la clase popular; obreros, con sus mujeres y sus hijos, soldados, criadas. Sobre todo muchos niños. No amenazaba con la despoblación Portugal. Cada familia llevaba cinco o seis chiquillos. Había una multitud de niñeras, de nodrizas, de amas secas, que iban a sentarse en las plazoletas, cercanas al restaurante y allí dejaban jugar a sus críos al aro, la pelota y la rueda, todos mezclados, gritando y alborotando.

Había muchos chicazos de diez a catorce años, desaliñadamente vestidos, que corrían de acá para allá enredándolo todo y mocetones de quince a veinte que perseguían a las tobilleras de trenza colgando, con requiebros y miradas.

¡Lo mismo que en España!

Lo que más le llamaba la atención eran aquellos *rapaces*, altos, morenos y delgados en su mayoría, *vestidos de estudiantes* con la larga capa negra, sujeta al cuello, flotando al viento, la cabeza descubierta con el cabello aplastado y lustroso. Casi todos tenían un aire de petulancia, de desdén, hijo más bien de su traje que de su ciencia. La capa hacía el tipo. Parecía que todos habían de ser calaveras, pendencieros, enamoradizos, revolucionarios.

Y todos los transeuntes hablaban de ir a ver a Faustino. Se conocían los que visitaban el jardín por primera vez, en cómo iban preguntando por el lugar en donde estaba Faustino. Indudablente era la atracción de la concurrencia al hermoso jardín, que con sus árboles antiguos, irregularmente dispuestos, de un complicado plano de senderos entrecruzados, con las amplias plazoletas umbrías, y su multitud de fuentes y estanques, resultaba tan agradable y acogedor.

Se mezclaban en él las plantas de todas las regiones del globo, con esa hermosa lozanía que les presta el clima de Lisboa. Estaban revueltas palmeras y cedros, con pinos y helechos; los robles, los álamos y los eucaliptus, mezclaban la diferente tonalidad de sus verdes, desde el bronce al ceniza plateado. Las hayas sombreaban las avenidas, mezcladas con las acacias de flor olorosa y con el espeso follaje de los castaños de india. Los troncos de los plátanos de jardín, rectos, lisos, tan delgados y tan altos, tan altos, tan altos, que cuando el viento movía las copas, semejantes a penachos, se balanceaban todos como si se fuesen a desgajar y a caer. No faltaban gigantescos álamos y chopos, clavándose audaces en el azul, al lado de los sauces llorones que sombreaban los estanques; poniendo en ellos la poesía de sus largas ramas, semejante a estaclatitas. Arboles que como el jirasol busca al Sol, y lo siguen en su carrera, y como las magnolias blan-

cas se abren solo para la blanda claridad de la luna, buscan ansiosamente e agua, se inclinaban sobre ella, hacían crecer sus ramas largas, hacia abajo. Eran árboles en suplicio, atormentados por la sed al borde del agua.Las hojas más largas solían lograr su deseo, las otras, las de la copa, tentáculos también del gran pulpo sediento, estaban condenadas a llorar siempre, mirándose en el fondo, y sin poder apagar jamás su sed. Por eso era un árbol tan triste.

Pero el mayor encanto era la exhuberancia que no tienen jamás los jardines del norte; aquel embruzamiento de ramas, de plantas, de flores. Aquellos árboles extraños, africanos, cuyas flores tardan años en abrirse y mueren en una sola noche. Dragos, con puñales por hojas y sangre por savia; mimosas amarillas tendidas hábilmente para formar parasoles japoneses en el centro de las plazoletas. Muchos árboles, como si sintiesen unos por otros atracción especial, se habían inclinado y sus copas se reunían allá en lo alto formando bóvedas de ramaje. Había túneles de verdura, embruzamiento de ramas de zarza mora y yedra que subía revistiendo los troncos hasta las más altas copas. Enredaderas de mil colores, campanillas violeta, madre selva que dominaba todo el concierto de aromas con su limpio aroma de bosque en flor.

Una prodigalidad de claveles y de rosas, los incomparables jazmines blancos, los heliotropos, las orquídeas, los mirtos atenienses; todo lo que la flora tiene de más precioso, más fino, más delicado, en una prodigalidad asombrosa.

En el lugar más bello, en una de aquellas plazoletas, estaba la jaula de Faustino, siempre rodeada de gente que lo llamaba, lo inquietaba, y a pesar de la prohibición de ofrecerle nada de comer, le daban dulces y chucherías.

III

FAUSTINO

Estaba más cerca del hombre que del mono, no le cabía duda. Era un chimpancé de extraordinaria hermosura. Tenía mayor perfección que las otras especies salvajes y había superado a sus progenitores. Quizás era tan hermoso porque era hijo del amor.

Si, le contaron la conmovedora historia de los padres de Faustino. Su padre se llamaba también Faustino como él. Entonces no estaba allí en una jaula aparte. Lo tenían en el departamento de los monos. La colección de monos era inmensa. En medio la gran jaula de los monos vulgares, traviesos, sinvergüenzas, que no ofrecían interés y en torno todas las jaulas de las especies raras. La gente gustaba de pararse allí, para ver sus gestos, y sus saltos ; el mono *araña* que hace de la cola la quinta mano y se balanceaba cogido de ella, de los travesaños de la jaula, comiendo a la vez con las cuatro manos que se llevaba cargadas de hojas verdes a la boca; los *capuchinos* que parecían ardillas y no cesaban de subir, bajar y hacer gestos a las personas que los contemplaban. Con su viveza contrastaban los *sajus* del Brasil, con sus patillas amarillo claro, y su aspecto de viejos marineros ingleses.

Los Ag Ay de Madagascar con sus dientes de roedores y su larga cola. Los *gibones* de manos blancas y aquellos otros mayores cuyos brazos eran doble largos que su cuerpo, que parecían tener manos humanas. Hasta aquellos titís sedosos, suaves, tan chiquitines y gráciles que parecían eternos chicuelos. A Ana no le gustaba acercarse al departamento de los monos, comprendía la razón de que fueran tenidos en la antigüedad como dioses por los egipcios, impresionados por su apariencia masculina, por su *forma de hombre*.

Se daba cuenta de la superstición de los árabes que los consideran como hombres perversos, castigados por Alá, en tener aquella apariencia semi de hombres, semi de diablos. Y la de aquellos pueblos orientales donde era un crimen matar un mono, encarnación del alma de sus antepasados. Que involuntaria-

mente todos los creian hombres, lo probaba hasta la denominación de *Orangután* (hombre de la selva) que le habían dado los malayos a una de las especies.

Ella también los creía humanos, una especie de hombres, de inteligencia más obtusa, inteligencia de niño de pocos años o de esos idiotas que están condenados a una perpetua infantilidad. Le daba pena verlos prisioneros, maltratados. Los pobres animales se enfermaban, se ponían tuberculosos, algunos se les iba cayendo la cola a pedazos en su miseria. Allí, en Lisboa, la suerte de los monos era mejor, en la delicia de su clima blando Por eso vivía allí aquella especie, más inteligente que los *gorilas* y los *macacos* que vienen del continente negro y no pueden soportar los países del Norte.

Nada menos que ocho chimpancés había en aquel tiempo en el jardin Zoológico.

En aquella familia de antropomorfos, que más llamaba la atención, estaba *Faustino;* el mono modelo en el que todos se fijaban, de una inteligencia superior, de una compostura de hombre. Todos advirtieron que estaba enamorado. No miraba lo mismo a unas monas que a otras, de las seis que los acompañaban; él no quería más que aquella *Katherine*, más alta que las demás y de una piel más bella.

Vivía siempre a su lado, la acariciaba, la mimaba y le daba lo mejor de su comida—cosa que hasta entonces no había hecho ningún mono—pero ¡ay del otro macho, de *Francisco*, si trataba de acercarse a Katherine! La defendía celoso, rabioso, se trababan terribles combates, de los cuales solía ser el vencedor. Esto lo convertía en el jefe de la jaula, con esa organización que se observa en las tribus de monos, donde el jefe no se elige por sufragio, sino por su valor. Las monas venían con coqueterías y zalemas de mujer, le hacían caricias y morisquetas, que él rechazaba siempre un poco brutalmente. Una de las veces fué él quien resultó herido en la refriega, pero no dejó que *Francisco* se apoderase de *Katherine*, la que a su vez pagaba a su enamorado ayudándole y guardándole una fidelidad absoluta.

Entonces los directores del Parque resolvieron ponerlos en una jaula aparte. La felicidad de los dos monos al verse solos fué inmensa, les habían hecho aquella amplia jaula en el sitio más frondoso y sombrío del jardín, de acuerdo con el gusto que ellos demuestran al elegir su morada en los bosques cuando están en libertad. Saltaban, se abrazaban, rodaban enlazados por el suelo. El amor de la pareja de chimpancés se hizo popular, hablaron de él los periódicos, la gente venía para contemplarlos como dos granjeros felices, siempre abrazados, mirándose con arrobamiento.

Conociendo el partido que podían sacar de la inteligencia de *Faustino*, cada día se le enseñaba una gracia nueva. Se le habia enseñado a contar hasta diez. Entendía lo que le hablaban. «Dame seis piedras». «Dame cuatro pajas». Seguro de que le premiaban con algún regalo, trataba de complacer, poniendo ese rostro medio satisfecho, medio enfurruñado que ponen los niños cuando saben que han hecho alguna gracia. Tan poseídos estaban de su saber humano que se mantenían de pie, levantando sus manos sobre su cabeza, para guardar el equilibrio, o se apoyaban en la pared. Eran *Katherine* y *Faustino* dos personajes populares. El colmo fué cuando Katherine fué madre. El crío parecia un feto, con esa fealdad de los monos recién nacidos, cuyos miembros aparentan ser doble largos que los de sus padres y su cara llena de arrugas y de pliegues, se asemeja más la de un viejo que la de un niño.

¡Qué regocijo para los buenos burgueses de Lisboa ver a Katherine con su hijito! El parecía insensible, pero la madre lo llenaba de caricias, lo lamía, lo peinaba, lo estrechaba contra su pecho: estaba maravillosa, meciendo a su Faustinito. Sentada, con él en los brazos, lo mecía y acunaba como una mujer pudiera hacerlo. Al poco tiempo ya el monito se le abrazaba al cuello con las manos y rodeaba las patas a sus costados como los niños que van a coscoletas.

En cuanto lanzaba un grito, acudía el padre, él también lo lamía y lo acu a

ba. El pequeñuelo conocía que estaba protegido por ellos y en cuanto se asustaba de algo iba ligero a subirse sobre sus espaldas para que corriesen con él.

Los padres lo cuidaban, le daban de comer, lo escondían a veces de las gentes que se paraban ante la jaula, si éstas les tiraban algo, Katherine daba un grito especial para llamarlo.

Cuando no obedecía, Katherine lo castigaba, le daba pellizcos, bofetones y hasta en una ocasión lo puso boca abajo en su falda, para darle golpes en el sitio que los monos suelen tener pelado. Era una verdadera educación. El regocijo subía de punto cuando veían a los dos monos, con su pequeñuelo en medio mirando un libro que les habían enseñado a hojear.

Pero un día la pobre Katherine murió, cuando menos se esperaba. El dolor de Faustino fué humano, lloraba, gritaba, no quería que la sacasen de su jaula.

Aun lo vieron varios días los que venían a visitarlo; estaba tranquilo, indiferente a todo, en un ángulo de la jaula, sin hacer caso de los que lo importunaban, completamente amilanado. Miraba tristemente a su hijo, sin hacer caso de sus caricias.

El director estaba contrariadísimo de perder aquellos dos ejemplares. Maldecía la extraña sensibilidad humana de los chimpancés, recordando que en el Parque de Londres habia una hermosa pareja, Jim y Susana, y que el primero murió de pena al perder a su compañera. Así murió también el pobre Faustino. Era una pena verlo tan tranquilo, tan dócil, sentado, acurrucado en un rincón de la jaula, negándose a comer, y sin atender a los mimos y caricias del pequeñuelo, al que miraba con una mirada humana de un inmenso amor y de una inmensa tristeza.

IV

RESURRECCION

Calcúlese la alegría de los Lisboetas aficionados al Parque al saber que la historia se reproducía. El hijo de Faustino y Katherine había sido llevado a la jaula de los Chimpancés. El, como su padre, eligió allí su compañera, a la que era completamente fiel, y a la que guardaba celosamente para sí. Era más enérgico que su padre y no se contentó con herir a dos machos que le disputaban su *Nicolasa*, sino que tenía llenos de rasguños a todas las monitas coquetas que se atrevían a solicitarlo. Cuando en algunas de estas refriegas el herido era él, cogía hierbas, se las ponía en la parte dolorida y se las sujetaba liando las briznas de paja a modo de vendaje. Era aun más listo que su padre.

Se decidió llevarlo a la vieja jaula en que había nacido; se extendió la noticia, y la ciudad se despoblaba de gente que venía a ver al hijo de sus viejos amigos. Les parecía el mismo *Faustino*, y a *Nicolasa* le cambiaron el nombre: tenían otra vez a *Faustino* y *Katehrine*.

Aunque nunca se paraba ante los monos, Ana se dirigió allí. Faustino estaba sentado a alguna distancia de la reja, con un marcado aire de mal humor. Katherine estaba en la parte cubierta, donde apenas se la veía.

Una media docena de chicuelos gritaban agarrados a la reja: «¡Faustino! ¡Faustino!» Uno le mostraba el curioso animal a un niño que llevaba en brazos. Dos señoritas vestidas de blanco, acompañadas de sus novios y de su mamá, miraban arrobadas al enamorado fiel. Una le arrojó unos higos secos a través de la reja.

El animal se alzó para cogerlos. Ana lo miraba con su superstición de siempre, murmurando bajo:

—Sí, es un hombre, un hombre.

¡Era tan grande la semejanza! Con su constitución fuerte, sus brazos vigorosos, su ancho pecho, y los pies grandes, negros, como las manos, parecía un negro, un hombre de raza africana. Por lo menos estaba ya en el último límite de la evolución, en el momento en que termina la bestialidad.

Bastaba ver su rostro humano con la frente y las mejillas descubiertas de pe-

os, los labios carnosos y la nariz chata. Era verdad que el cráneo y la barbilla deprimidos, las orejas deformes y las órbitas prominentes, señalaban al mono; pero aun así se veía que pertenecía a una especie superior en la escala zoológica. Sus dientes, como los humanos, no tenían ya el desarrollo de los colmillos que tienen las bestias; sus grandes ojos pardos no estaban vacíos de pensamiento, los brazos no eran largos como en las otras especies.

En cuanto echó la manaza a los higos, se volvió hacia el interior, produciendo unos sonidos articulados. Llamaba a Katherine, que le respondió desde dentro con una voz de tono más bajo y armonioso. Más femenino. Ana recordaba los experimentos de Garner, que llegó a descubrir palabras especiales en los monos para expresar ideas: *comida, bebida, mono* y hasta verbos con los que componían oraciones. *Ven, dame eso, toma aquello.*

Sea como fuese, la mona acudió; era más baja de talla, más delicada, con cierta gracia juvenil. Había en ella algo de timidez femenina, de coquetería, y sus grandes ojos pardos eran bellos, con su mirar inocente y dulce. Se acercó con el gesto de esas muchachitas aldeanas que se turban y cogen la punta de su delantal para bajar los ojos. Dió muestras de gran contento y dejando un espejito, que llevaba en la mano, y en el que se miraba con una atención que causaba el regocijo de los visitantes, se puso a comer los higos con su compañero.

Cuando estaban más tranquilos, se acercó a la jaula una caterva de chicuelos gritando, tirando piedrecitas y tierra para llamarle la atención.

—¡*Katherine*! ¡*Katherine*! ¡*Katherine*!

Faustino se encolerizó, dió un salto hasta los hierros, apovándose en las patas y las manos para andar, pero no en las palmas, sino en el dorso, según costumbre de su raza.

De haber podido coger a un chico no lo hubiera pasado bien Los pilluelos reían.

—¡Qué rabioso está!

—¡Tiene celos!

—¡No quiere que le nombren su Katherine!

Faustino barbotaba articulaciones y rugidos, pero sin el grito salvaje de los gorilas. Katherine se acercaba curiosa, con su espejito en la mano. Le hizo un signo tan de mal humor, tan amenazador, que pareció tener miedo y se retiró allá dentro a su *gineceo*, para que no la vieran. Los chicuelos lo seguían molestando. Entonces él también se retiró. Se le veía entre los hierros recogiendo restos de comida, estiercol y tierra.

—Se ha puesto a limpiar la casa, comentaban los chicos.

El mono lo iba amontonando todo en una hoja de col; la dobló cuidadosamente y avanzó, llevándola en la mano derecha, puesto de pie, sosteniéndose con los pies y la mano izquierda apovada en los barrotes. Se aproximaba cautelosamente, poco a poco, creyendo que no lo veían los chicos, que no sabían lo que intentaba. De pronto dió un salto y arrojó con fuerza toda la basura contra los incautos, manchándolos terriblemente. Contento de su hazaña, apoyó el dorso de sus dos manos en el suelo y empezó a dar zapatetas con las patas, en una explosión de alegría.

Pero los chicos, rehechos de la sorpresa, se vengaban arrojándole basuras de la calle.

Se apoderó de él una rabia loca. Rugía, se revolvía, se desgarraba. Entonces apareció Katherine, le echó el brazo por el hombro, con un gesto amoroso de mujer acariciante y buena. El no parecía hacerle gran caso. La monita metía con coquetería su cabecita bajo la suya, lo miraba de cerca con sus ojazos pardos, y se veía a Faustino calmarse, suavizar la rigidez de sus miembros en tension; se diría que se sonreía según su cara tomaba una expresión placentera. Al fin enlazó a la mona por la cintura, y empezó a correr con ella alrededor de la jaula, dando saltos, alzándola en alto, pellizcándola cariñosamente, y dándose ambos porrazos como los que se proporcionan en sus juegos los campesinos aragoneses.

Al fin fueron a refugiarse al ángulo más apartadito. Faustino echó la cabezota en la falda de Katherine, y cerró beatamente los ojos, para sentir la mano negruzca de ella, en contraste con la piel de ambos, color de carne un poco rojiza, que le acariciaba los pelos negros de su cabellera, introduciéndose entre ellos, con una dulzura que tenía algo de maternal. Aquello era amor, amor humano.

V

A TRAVES DE LOS DIAS

Todas las tardes que iba allí, a reunirse con Antonio, Ana no dejaba ya desde entonces de pasar a hacer una visita a los Chimpancés. Siempre les llevaba alguna golosina. Había comprobado que comían carne con gusto, pero una de las cosas que más les gustaban era el chocolate. La conocían ya, quizás le estaban también agradecidos porque en muchas ocasiones evitaba que los chicos los siguiesen molestando. Faustino parecía esperarla según saltaba con cabriolas de alegría en cuanto la veía aparecer. Katherine en cambio la miraba con un disgusto mezclado de timidez, y se ponía triste con su presencia. La diferencia de raza se borraba quizás en una pequeña trayectoria inconsciente. A Faustino debía parecerle la joven una mona muy perfecta y la pobre Katherine tenía celos.

A Antonio le desagradaba encontrar a Ana allí. A él también le apenaba la contemplación de los *monos*, lo apiadaba el espectáculo de aquellos seres inteligentes que se querían comunicar con los humanos, y experimentaban como un tormento de no poderse expresar.

—Este Faustino es casi un hombre—decía él.—Es raro que una familia de Chimpancés viva muchos años en cautiverio, pero yo creo que cultivándolos, un día aprenderían nuestro idioma, acabarían la evolución.

—Yo quisiera que esta pareja tuviesen un monito y me lo dieran a mí—decía ella.

—Tendríamos que enviarlo a la escuela para enseñarlo a leer—respondía Antonio chancero.

—No tanto—replicaba ella casi incomodada—, pero ¿serías tú capaz de matar un mono?

—Ciertamente que no. Pero sin embargo ahora se avecina una matanza de monos.

—¿Porqué?

—La comida está cara y la moda ha puesto en boga la piel de mono y la ciencia por su parte los utiliza para extraer de sus glándulas un precioso elixir de juventud eterna. Es fácil que los pobres monos paguen un tributo a la moda y a la ciencia que no perdonan nada, y hasta es posible que las niñas de hoy le cuenten a sus nietos, como cosa legendaria, que existían parques zoológicos y les describan cómo eran los monos.

Los dos vagaban por las calles de árboles, aquellos árboles donde no había entrado la podadera, con su ramaje espatarrado en todas direcciones, tan pletóricos de hojas, que el viento movía con rumor de faldas, formando un acorde con el ruido de las cascadas, que caían por todos lados en chorros de agua cantarinos, con el inconfundible rumor de agua.

Unas veces iban a sentarse frente al estanque de la foca. La foca aquella era única en el mundo por su viveza; una de esas a las que llaman *focas zambulidoras*. A no estar dormida no podía estar más de un segundo quieta. Saltaba asomando la nariz y las patas delanteras y se hundía dando un salto, con gran estrépito, para aparecer más lejos y zambullirse de nuevo.

Sus saltos, sus escarzos de sirena y su cabeza de ternera marina, los remolinos de agua, la alegre malicia de sus ojillos, ponían una nota alegre en todo el Parque.

Después se iban al Restaurante, para que Roberto tomase su café y Ana su platito de *bolos* (pasteles) con una copa de *Oporto* o de *Madeira*.

Se habían acostumbrado a la contemplación de aquel mundo de los animales y encontraban en él un encanto especial. Era como vivir en la selva, entre ellos, sin miedo ni peligro. Se estaba como más cerca de la naturaleza. Se investigaba y se descubrían nuevos secretos. Tal vez se perdía algo del orgullo humano, se sentían más cerca de las otras especies. Se desvanecía la creencia de que no había en todos los animales un alma.

Todos los parques, las ciudades de las fieras, eran semejantes entre sí. Todos los parques eran en realidad el mismo parque, los mismos animales, sobre poco más o menos en todas partes. La diversidad estaba en el recuerdo más intenso que de cada uno conservaban, y que parecía revivir viendo a los animales que lo evocaban.

Era como si se avivase su pasión en aquel medio, se hacía más fuerte, más voluptuosa, como si en su espiritualidad excesiva necesitase aquel ambiente acre, animal e intenso.

Se consideraban propietarios del lujo de un gran parque. Un gran parque debía ser lujo de millonarios o de emperadores.

Así como cada pareja tiene una predilección por un lugar donde se excita más su pasión, por un capricho o por un recuerdo, de su viaje de novios; una ciudad, una casa, una habitación, ellos se amaban mejor en los Parques Zoológicos. Se veían allí de un modo diferente, se avivaba su deseo. El la hallaba más bella, más incitante; ella lo encontraba más apasionado, más buen mozo. Pasaban horas y horas perdidos en los bancos de los más apartados rincones, juntos, enamorados, contemplando en el fondo de sus ojos los cambiantes de la sombra y de la luz filtrada al tráves del follaje de los árboles.

En algunas ocasiones espiaban el instante de soledad en que nadie los veía para coger ansiosos uno de aquellos besos sabrosos, suspirados y hambríentos; aquellos besos largos en los que se sorbían el ser entero, con una dulce languidez, o en las que, como si se avivase un instinto brutal, se mordían los labios en un beso sangrante y doloroso.

Todos los empleados de los parques de Europa conocían ya aquella extraña pareja de enamorados.

VI

LOS GRANDES PARQUES

¡Qué inolvidable aquel Parque de Hamburgo! Le costaba casi un viaje el ir a él, tan lejano a la población, teniendo que atravesar aquel bosque cementerio, por medio de cuyas tumbas pasaba el tranvía.

Aquel Parque era digno de la patria de Krup. Monumental, ostentoso, donde las fieras tenían grandes espacios para correr en libertad, aunque fuese una libertad engañosa. Estaban allí, dando la impresión de estar sueltos hermosos tígres, como magníficos gatos, de piel rojo amarillo, cubiertos de listas oscuras. Era un gato de reyes, el gato que debía dormir al pie de la cama de las emperatrices. Por eso sin duda decía la tradición que en el jardín de Cleopatra había un tigre real. No se adivinaba su sed de sangre en su perezoso vagar. La Pantera le parecía la hembra del tigre, una hembrita muy linda y muy coqueta, con su paso lento de hembra hermosa a la que le gusta hacerse admirar.

El leopardo no era más que otra gran pantera, que parecía macho siempre, como la otra siempre hembra. Aquellos terribles carniceros tan bellos, tan elegantes, tan ligeros, de esa gracia ondulante de felinos, no inspiraban el miedo y la repulsión del lobo, tan vulgar y tan grosero del bisonte, representación de las personas foscas, greñudas, atrabilarias, y de la hiena nauseabunda a la que los salvajes creen hechiceras, poseidas del demonio, que toman esa forma para do-

mar a los humanos. Ellos creen que sus ojos se transforman en piedras cuando la hiena muere, y que dentro de su cerebro se oculta una piedra preciosa de gran valor. Había allí también rinocerontes que le recordaban el mito de los unicornios, cuerno de oro, de los poetas a los que aun aparece dedicadas las oraciones en los devotos libros de rezos rutinarios. «Líbranos señor de las garras del león y de la furia de los unicornios.»

¿Qué habría sido de todos aquellos terribles carniceros durante la guerra?

¿Habrían movilizado aquellas tribus de salvajes, procaces, que eran la gran atracción del jardín? Una especie de cómicos, que celebraban fiestas y procesiones teatrales. Nunca había podido creer en la autenticidad de los salvajes. Serían alemanes, pilluelos del gran puerto, pintados y disfrazados de pieles rojos, o esquimales, según el caso.

Recordaba con cierto odio aquel parque, al que estaba unido un gran jardín de recreo, con todas esas atracciones verbeneras, de cunas que dan la vuelta a enorme altura, tobogán y barcas, que se desploman en el agua. Todo eso que atrae la concurrenca de la gente alegre... y Antonio había mirado descaradamente a una muchachita de cabeza cuadrada, ojos azules, cabello rojo, pies grandes, piernas recias y silueta a la vez tierna y hombruna. No son a veces las fieras lo más peligroso en esos parques. Las alemanitas que iban allí acometían más que los carniceros, con esa despreocupación alemana, que no se cuida de envolver las crudezas de la vida en la gasa poética que saben emplear siempre las francesas o en el idealismo de los meridionales.

Del jardín de Amsterdam recordaba un medio día de calor. El gusto con que se acercó a la gran verja que lo bordea para comprarle a un vendedor ambulante uno de aquellos helados que vendía emparedados entre dos cuadrados de barquillo. Siempre que recordaba Amsterdam lo recordaba con aquella sensación de calor y saboreaba la frescura de aquel helado callejero y plebeyo comido entre la jaula de los pájaros, de aquel gran jardín tan extenso y cuidado, con el bello acuarium donde se revelaba el fondo del mar con su fauna y su flora extraordinarias, lo que recordaba más eran las aves y los pájaros. Los flamencos rosas y las ibis. Toda aquella policromía de las plumas de las aves exóticas. Los avestruces eran como el elefante de las aves, tan desproporcionado, tan estúpido, como parecía revelar la cabeza tan chica en relación con la mole, engalanada de plumas preciosas, de su cuerpo pesadote y sin gracia.

Sobre todo el Pingüino, la más *persona* de las aves, traía a la memoria rasgos de personas conocidas, de esos conocidos idiotas, cuyo único mérito consiste en saber llevar el frac y la camisa blanca, con el mismo empaque y tiesura con que los pingüinos ostentan su plumaje.

Del pequeño parque de Basilea recordaba la tristeza y la miseria árabes representada por dos camellos y un dromedario. Allí la impresionaban los osos con esa obsesión de ellos que existe en Suiza, viéndolos representados y reproducidos en todas partes, en sus artes, en sus estatuas, en el escudo de la ciudad de Berna, sede de la confederación. El calzonazos borracho y grotesco que hay en el oso, era una cosa muy suiza. Iba unida una idea a otra idea. Así como a la vista del ciervo recordaba siempre la selva, por como guarda ese animal siempre una parte de su naturaleza de árbol; árbol que se arrancó de sus raíces, convertido en animal que lleva en su caminar los viejos troncos sobre la cabeza. Esperaba ver un día echar hojas y flores a aquel ramaje que les servía de cuernos.

Asociaba la idea de los animales a la idea del alma misma de las naciones. Asi como en la Villa Médicis, había pensado que el León debía simbolizar el escudo de Roma mejor que la Loba, tenía la impresión de que en el escudo de Inglaterra debía esculpirse el águila.

El águila con sus garras de león, sus ojos enérgicos, tan rabiosos, tan llenos de odio irreductible, y con sus músculos tallados, como un vaciado de bronce.

En el parque de Londres, abundaban mucho las águilas. A Ana le parecía la

antesala del Jardín Zoológico, el *Regent Parck*, donde siempre veía en su recuerdo plácidas parejas de curas protestantes e inglesitas rígidas, empequeñecidas y como solitarias en la gran extensión de aquellas alamedas, semejantes a los grabados antiguos, que representaban las calles de árboles en cuyo fondo se vislumbra una pareja.

Había en el jardín Zoológico toda clase de águilas, leonadas, doradas e imperiales.—El águila era por sí misma imperial siempre.—El águila azor y el águila audaz, que apenas podía tender las alas, que medían dos metros y medio de punta a punta, en su amplia jaula. Hasta las especies menos feroces eran belicosas siempre, como las águilas moñudas, de cuerpo más esbelto y alas más cortas.

La más impresionante era la arpía feroz, de cuerpo robusto y vigoroso, verdadero emblema de la fuerza, con su aspecto de lechuza, su moño largo y alto que se eriza fácilmente haciendo más terrible el ojo amarillo rojizo que fulmina. Las águilas debieron inspirar a Walter Scot para retratar admirablemente Escocia, con sus castillos arruinados, en los que bate el viento de un modo impetuoso y lúgubre. Pero las pobres águilas enjauladas estaban tristes, melancólicas, en el furor de la impotencia tomaban actitudes de buho, el pájaro fatídico, que nos sugiere la idea del destino inmutable con su ojo fijo, imagen de la muerte y que tiene siempre algo de pájaro disecado.

En cambio para Alemania no concebía en el escudo más que el Hipopótamo. Desde que en el parque Zoolôgico de Berlin vió por primera vez el pesante y amazacotado cerdo de río. Tenía algo de animal antediluviano, y le parecía que él debía haber sugerido la primera idea de los submarinos y de las grandes botas de montar, con su forma grosera, su enorme cabezota idiota y su piel lustrosa y charolada, como cubierta por el betún sanguinolento que trasudaba en sus grandes cóleras.

Era el parque que recordaba por su mejor colección de reptiles y de insectos: saurios de todas clases, con enormes escamas verde y oro, traje de luces, hecho a piezas como una armadura de acero, tortugas que sugieren la idea de las incrustaciones de piedras preciosas, con los cabujones magníficos de sus conchas; escorpiones y alacranes; todas las especies de insectos pequeños, desde la hormiga al mosquito. Cuidadosamente clasificados para el estudio de Historia Natural. Era casí completa la colección de sierpes, el reptil al que se hallan unidas más supersticiones. Inspiraban un terror, que, traducido por naturalezas primitivas, las llevaba hasta hacer de ellas animales sagrados. Eran bellas en casi todas las especies, con su piel de colores brillantes, de flores a la acuarela o de cifras de un alfabeto más misterioso que el chino, que se podría descifrar en su piel.

La ondulación de sus anillos al andar, la elegancia graciosa de los monogramas que formaban sus cuerpos largos, entrelazados en la tierra, y aquel fluído mágico que se escapaba de los ojos vivos y de la llama roja de la lengua, saliendo de la entreabierta boca, probaban que no era mentira la atracción de la sierpe, la fuerza de magnetismo de su naturaleza. No era bueno contemplar a las serpientes para no padecer su obsesión. Había una enfermedad que consistía en soñar con serpientes.

Quizás la araña, que sólo de verla le hacía correr el estremecimiento de frío por la médula, tenía también aquel extraño magnetismo. Un día en Canarias soñó con arañas, y al despertar había una, con su cuerpo rechoncho, gordo como un botón oval de porcelana blanca, y las patas cortas, articuladas, cerdosas. Quizás su proximidad le había sugerido aquel sueño. Hasta las arañas zanconas, de tan pequeñín cuerpo, blancuzco como una gotita de agua cuajada, rodeada del filamento de sus patas, como hebras de algodón, le causaban aquella sensación penosa de bullir sobre su cuerpo desnudo. No podía acercarse jamás a un bancal de maíz desde que vió a un campesino picado por una araña tarántula, hinchado y febril, que se curó provocando el sudor en un baile desespera-

do, al que ha inducido la superstición de que en el vientre blanco de la araña las rayas toman la forma de una guitarra.

Verdaderamente eran seres inquietantes los animales. Mirándolos demasiado, estudiando sus costumbres, llevan hacia la superstición. Desde que se le había aparecido bajo aquel nuevo aspecto, no tenía en su casa gato, ni perro, ni pájaro. La asustaban las muestras de inteligencia, de afecto, que todos aquellos animalillos pequeños prodigan a sus amos. Aquella elocuencia de los ojos de los gatos y de los perros, en cuyo fondo hay como una resignación tristísima de no poder expresar algo íntimo. Solía aceptar sin trabajo la teoría de almas humanas, prisioneras en aquellos cuerpos, no por el castigo de sus vidas, sino por la ciega fatalidad de la Naturaleza íntima y desconocida de las cosas. Algo de humano hablaba en todos ellos, de almas transmigradas, prisioneras. A veces hasta se proponía decirle a Antonio que debían reunirse en otro lugar. Tenía miedo a aquel amor, que crecía de aquella manera un poco satánica, pero en ninguna parte sentían con tanta intensidad como allí, en aquel círculo de martirizados.

VII

—Katherine está hoy enferma —le dijo el guardián al verla entrar en el parque, con ese respeto y esa simpatía que suelen sentir hacia los que les dan grandes propinas.

—¿Qué tiene la pobrecita?

—El clima, la falta de libertad. Estos chimpancés soportan difícilmente el clima europeo.

—Pero Lisboa tiene un clima delicioso, y además, en Portugal tienen todos los climas, desde Sierra de la Estrella hasta el Algarve. Con llevarlos a éste último ya están en Africa.

—Sí, pero se necesitan aquí. Tienen que estar en el jardín zoológico.

—Es una crueldad condenar a esos pobres seres a muerte sólo por el gusto de tenerlos para satisfacer la curiosidad del público. Estoy segura de que nadie se preocupa en estudiarlos de otro modo.

—¿Y qué harían en libertad? Estos ya están educados de otra manera. En un bosque solos se morían o los mataban los otros monos.

—¿Y no tiene descendencia Katherine?

—No; la pobrecita está tan tísica que da compasión.

Ana fué a ver todos los días a la mona. Estaba flaca, triste, con una mirada casi humana. Tomaba las medicinas resignada, como las hubiese tomado cualquier enfermo, y envolvía al guardián en una mirada de gratitud cada vez que le daba un remedio o un alimento.

Faustino estaba inquieto, triste. ¿Tenía idea de la muerte? Los primeros días, cuando le llevaban medicamentos a Katherine pedía él también. Después sabía distinguir entre lo que le convenía sólo a la enferma y lo que podía tomar y sólo solicitaba los alimentos suyos aunque algunos de los otros incitaban su instinto goloso. Katherine no se quería comer los buenos bocados sin dejar como un sobrante la parte que le correspondía al mono.

—Será una casualidad —argüía Ana.

Pero el guardián respondía:

—No, señora. Yo sé bien que lo hace exprofeso. En treinta años, sin separarme de aquí, ya ve usted si conoceré a los animales. Le aseguro que valen más que muchas personas. Yo le daré a usted la prueba.

En efecto, cuando Katherine se negaba a tomar su porción de alimento azucarado, el guardián sacaba otra igual para Faustino. Entonces la mona no tenía ya inconveniente en comer la suya, pero se negaba en absoluto si no había más que aquella.

—Es admirable verlos de noche —añadía el guardián—. Antes, Faustino se tendía a dormir panza arriba; ahora pasa las noches sentado, con la espalda

apoyada en el lecho de su compañera, dispuesto a acudir en cuanto la oye rebullirse. Una hermana de la Caridad.

—¿Qué años tienen?

—No son muy jóvenes. El tiene más de veinte años, y la vida del chimpancé no suele pasar de cuarenta.

—¡Lástima que no tengan cría, sería ya de una raza perfecta! —volvió a decir Ana.

—Como que sería capaz de hablar —repuso el hombre—; ya a éstos poco les falta. A veces me creo que se hablan en un inglés muy raro.

Ana no pudo menos de sonreirse. Así como cuando se habla de seres divinos, todos inconscientemente piensan que hablan su idioma, en todas partes del mundo, el lenguaje que no se comprende bien es inglés siempre.

Estaba tan triste, tan triste, el pobre Faustino. Era de temer que se muriera de pena como su padre si desaparecía Katherine.

Ana recordó la sugestión que ejercía sobre el mono. Con su espíritu de mujer, aun de una manera contraria a su voluntad, agradecía toda muestra de rendición, y ésto aumentaba su simpatía por el animal.

Volvió a llevarle chocolate todas las tardes. Faustino venía a ella como arrobado; se quedaba mirándola con la golosina en la mano, pero al oir los gemidos de Katherine, que lloraba con el mismo sentimiento que puede llorar una mujer, corría al lado de ella. Los chimpancés tenían la risa y el llanto igual a los hombres. El le ofrecía un pedazo de su chocolate, pero ella levantó la patita negra y tiró lejos de sí la golosina.

A la tercera vez de repetirse esta escena, el mono avanzó hacia Ana lentamente; iba triste, y la miraba con una expresión extraña; pero al oir los gemidos de la mona celosa, retrocedió y se sentó cerca de ella, con la espalda vuelta a la mujer, y permaneció inmóvil. La monita lo acariciaba con las manos negras, mimosa y contenta de haber vencido a una rival.

Desde aquella tarde paseaba por el lado de los monos y se distraía de jaula en jaula sin atreverse a inquietar a la pobre enferma. Indudablemente era nociva la sociedad de los monos en el Parque con su miseria y sus enfermedades, que podían contagiarse a las personas. Reinaba un mal olor, ese olor propio de las razas de color que se acentua en los gitanos y en los negros.

Aunque se distraía viéndolos dar vueltas y saltos, hacer gracias de chicuelos traviesos, con gestos unas veces inocentes, y otras procaces y desvergonzados, dejó de pasear por aquel sitio.

Iba a sentarse con Antonio cerca del estanque de la Foca y se distraía viendo su continuo ejercicio de aparecer en la superficie del agua, chapuzarse, volver a reaparecer, chapotear lanzando torbellinos de agua en rededor suyo. Otras veces se perdían bajo los grandes árboles del Botánico, entre sus calles floridas, visitaban el acuarium o buscaban en los estanques la melancolía de los sauces martirizados como ellos por una inextinguible sed de pasión. Solo cuando iban a volver a España, fueron a despedirse de sus amigos. La monita estaba ya buena. Como no tenía hijos le habían dado para que lo prohijara un pequeño canguro que se había quedado sin padres. Se veía a Katherine todos los días atenta a mecerlo, a cuidarlo, a espurgarlo y a hacerle fiestas como si fuese su propio hijo. Lo castigaba raras veces, tenía una extraordinaria paciencia para soportar las impertinencias del animalito, al que solía estrechar apasionadamente contra su corazón. Se diria que creía que era su propio hijo, a no ser por el rasgo de no darle de comer como no quedase alguna sobra que el animal cogiese a escondidas.

Faustino lo miraba con una complacencia burlona, como si se diese cuenta de la deformidad del animal con las patas delanteras tan cortas y las otras tan grandes, parecía la parte trasera del cuerpo de una cabra añadido con el cuerpo delantero de un conejo.

Tenía para él una especie de indiferencia, que perdía a las horas de la comida. Se irritaba entonces contra el animal, no dejándolo probar bocado.

A los pocos días tuvieron que quitarles su ahijado, para que no lo matasen de hambre. Entonces los dos monos se quedaron tristes, parecía que sentían la falta de descendencia. Así debió comprenderlo el director porque les introdujo en la jaula un pequeño chimpancé, de pocos meses, que se había quedado huérfano.

La alegría de los dos simios no tuvo límite. Tanto acariciaban al unísono a su ahijadito que parecía que lo iban a matar. Cuando llegó la hora de la comida a porfía eligieron los mejores bocados para dárselos al monito.

Aunque se tenía como cierto que los chimpancés cuando prohijaban un animal de distinta raza le toman cariño pero no le dan de comer, el director quiso hacer una nueva prueba. Cambió el mono por el canguro y entonces se vió a los dos monos disgustados, tristes. Faustino rechazó al animalito, tratándolo como un hombre trata a un perro importuno, y el pobre canguro lo hubiese pasado mal a no ser por la defensa de Katherine, que se convirtió en su protectora, hasta la hora de comer.

Fué preciso llevarles de nuevo el chimpancé. Entonces se vió la distinción que hacían entre uno y otro. Tenían idea de su raza. El monito era un hijo cuidado, mimado, el otro era como un animalillo deméstico, al que al fin, después de hartos le consentían que se comiese las sobras. No tenían con él la ternura y los cuidados que tenían para su monito, jugaban con él y lo acariciaban como a un gatito, que les servía de entretenimiento para su niño.

Ana volvió a aficionarse a ir a verlos. Observaba sus movimientos, su vivir. Eran unos pobres granjeros prisioneros en aquella jaula que se resignaban a su cautividad y habían organizado su vida familiar, sencilla y apacible.

Lo que más les hacía sufrir era la curiosidad de la gente, el como los molestaban, los ponían nerviosos con los gritos que les daban, los golpes de los bastones en los barrotes, el tirarles piedrecillas. De vez en cuando les llevaban galletas, higos secos, altramuces y hasta chocolate. Eran golosos, pedigüeños y hacian gracias para complacer a los que les obsequiaban, bailando, como en obsequio suyo, en torno de la jaula.

Lo que sacaba de tino a Faustino era que llamasen a su mujer. Era celoso, terriblemente celoso; la monita debía saberlo porque cuando él sufría aquellos accesos de furor se escondía, procuraba calmarlo y llevárselo en su compañía hacia aquel ángulo de la jaula donde el público no podía aproximarse.

Habia también observado Ana la impresión que les producía la música. Cada vez que la orquesta que se hacia oir en diversos lugares del jardín tocaba allí cerca, los dos chimpancés sentían una impresión extraña. Se diría que vibraba en ellos el espíritu, que la música lo despertaba, lo sacaba fuera, constituía la prueba más evidente de que eran exactamente igual a los hombres.

Sus rostros se hacían más inteligentes, más expresivas sus facciones. A los primeros acordes, Katherine, Faustino y el hijo adoptivo, se retiraban al fondo de la jaula muy excitados y allí escuchaban con una gran atención, mientras el pequeño canguro continuaba indiferente, demostrando su menor grado de inteligencia.

La excitación se extendía con la música a los monos de todas las otras jaulas, que se agitaban nerviosamente mientras la escuchaban, pero ninguna especie demostraba las diferentes impresiones que le producía, como los chimpancés. Siempre que oían un crecendo mostraban su desagrado, y en cambio parecían gustar de las notas bajas, que les causaban una emoción dulce y bajaban la cabeza para escucharla.

Debían tener un buen oído, porque un cambio de tono les producía un efecto desagradable; alteraba sus facciones y una nota discordante les producía tal rabia, que agitaban furiosamente los barrotes de la jaula.

Sentían por la música una especie de miedo, que les hacía alejarse del lugar donde venía el sonido, todo cuanto la pequeñez de su jaula les permitía.

Antonio la acompañaba ya muchas tardes a visitar los chimpancés, interesado en sus observaciones sobre los monos. El los veía con agrado, pero se reía de las exgeraciones de Ana.

—Si te creyera diría que has oído hablar a los monos.
—Quizás no te equivocaras.
—Y qué ¿has comprendido lo que se decían?
—Para eso no necesito que hablen, me basta con verlos.
—¡Qué imaginación!

Ana se había captado la voluntad de Katherine llevándole todos los días chocolate. Toda la familia la conocía, y la recibían con transportes de júbilo. En cuanto la veían aparecer se precipitaban hacia los barrotes de la jaula, se ponían de pie, extendían las manos hacia ella, sacando la cabeza entre los hierros como si quisieran verla mejor.

Cuando no había gente ella les hablaba:

—Os traigo chocolate, queridos míos. Este es para Katherine... Este para Faustino... Este para el pequeñín.

Les iba dando su regalo sin que unos se lo disputaran a los otros, ni mostraran impaciencia, aunque lo contemplaban con mirada golosa y ávida.

Parecían entenderla:

—Baila, Faustino.

Y Faustino apoyaba el dorso de las manos en la tierra y con las patas daba unos saltos y unas zapatetas grotescas.

—Baila tú, Katherine.

La monita imitaba el baile de su compañero.

—Basta ya, venir aquí.

Los dos acudían, sin que hiciese seña ninguna, solo obedeciendo a la voz, entendiéndola perfectamente.

Para recompensarlos les daba dulces y chocolate en abundancia. Gozaba de verlos comer con aquella alegría, llevándose los manjares a la boca como si fuesen personas humanas, con un gesto de satisfacción; y masticando, saboreando, lo que comían.

Solo las tardes que la acompañaba Antonio las cosas sucedían de diversa manera. Faustino se ponía furioso, miraba con rabia a su compañero y no quería alargar la mano para tomar el chocolate, que Ana tenía que tirarle a la jaula, donde permanecía breve espacio de tiempo, porque la gula vencía en él a todo otro instinto. Parecía estar celoso, a los ojos perspicaces de Ana, que tan bien sabía leer en las causas que movían a los animales. Aquello le daba cierta vergüenza y no comunicaba su observación a Antonio, que creía de buena fe que Faustino era hostil a todos los hombres, de verlo como se encolerizaba con los que llamaban a Katherine. No adivinaba como Ana con su perspicacia de mujer que el Chimpancé estaba celoso de su hembra y de ella. No era agradable sentirse deseada por un chimpancé, y trataba de atribuir su amor solo al egoismo de recibir de su mano el chocolate. En cuanto a la monita, parecía no reconocerla, ni dar muestras de aquellos celos, que demostró en sus caprichos de enferma.

No debía estar muy buena aún, porque, a pesar de lo bien cuidada, estaba flaca y daba muestras de una gran pereza y pesadez en los movimientos

Se les cuidaba bien, eran de los animales más cuidados de todo el parque, tanto por lo difícil que es lograr tener cautivos a los Chimpancés, como porque aquella pareja era la que atraía mas gente al jardín zoológico.

Faustino, el heredero de aquella legendaria pareja romántica, uno de cuyos individuos murió de amor, excitaba el interés. Había sido tan popular la primera pareja de Katherine y Faustino, que toda la nueva generación había oído contar sus proezas, las cuales referían a los pequeñuelos.

Eran un caso raro, un modelo de amor y fidelidad que influía en el ánimo de las jóvenes sentimentales. Podía decirse que, inconscientemente, la jaula de Katherine y de Faustino, era como un lugar de peregrinación para los enamorados de Lisboa. Quizás sin darse cuenta el mono era un fetiche de buena suerte para los amores; quizás trataban de hacer admirar a sus novios aquel modelo de fidelidad. Se sabía que para perpetuar la raza se habían introdu-

ducido en la jaula de Faustino otras hembras de Chimpancés, a las cuales habia maltratado para obligar a que se las llevasen de allí. Una vez que le quitaron a Katherine de la jaula llegó a la *protesta por el hambre* de manera que se la tuvieron que devolver. Vino toda llena de arañazos, pero peor quedaron los machos que se habían acercado a ella. A arañar no la había ganado nadie, demostrando solo en eso su feminilidad, porque no consintió en dejar de ser fiel a Faustino.

Cuando llegó el día de irse de Lisboa, Ana estaba triste. Experimentaba la pesadumbre de dejar los sitios donde se ha sido feliz, con ese deseo de poseer el don de la obicuidad que existe en las naturalezas muy expansivas para anhelar extenderse, darse en todo, estar a la vez en todas partes, como en un milagro de sustranciación.

Antonio bromeaba.

—Sientes dejarte a tus amigos de Lisboa—le decía—pero ya escribiremos pidiendo noticas del primo Faustino y de la prima Katherine. Te has dejado impresionar demasiado por esos Chimpancés y estoy seguro de que no solo te parecen ya humanos sino de tu propia familia.

VIII

EL REGRESO

No habían pasado dos años. El tiempo no pasa, habían pasado por aquella tarde madura y blanda de Lisboa, la multitud de cosas que suceden en el mundo, y que cada uno se atribuye para sí mismo. Era la mañana que había sucedido a la tarde de luz dorada, tarde de manzana madura, en que Ana entró por primera vez en el Parque Zoológico.

Estaba todo igual que hacia dos años en apariencia, sin cambio visible en la lenta evolución de las cosas. El jardín de las Langeiras estaba tan apacible con sus grandes árboles añosos, a cuya sombra se cobijaba el idilio de las fieras, en aquellas mismas frondas donde en no lejanos dias se habían abrigado idilios regios.

Apenas se abrió la puerta Antonio y Ana se apresuraron a comprar sus entradas. Era día de trabajo y a aquella hora matinal el Parque estaba completamente desierto.

Caminaban los dos solos, tan juntos y tan enamorados como dos años antes por las amplias avenidas entrecruzadas, entre el ramaje de los árboles y de las plantas, que tenían un olor fresco a rocío y a tierra recién regada. Un olor de noche, no disipado aún, que borraba el fato de las jaulas de los animales.

Aquí y allí se veían los guardías, perezosos, ensoñorrados, entre la pereza del jardín que aun bostezaban también.

Varios peones limpiaban las jaulas de los pájaros y de las bestias, y allá a lo lejos pasaba un carrillo cargado con las matas arrancadas y las basuras recogidas.

Pasaron entre los pájaros de plumajes brillantes, los pájaros de América, en especial del Brasil, entre la pompa con que dos pavos reales tendían el manto regio de su plumaje, tan decorativo y tan cautivante. Se detuvieron un momento a mirar a las Aguilas, mustias e irritadas, y cerca de ellas vieron varios murciélagos metidos en sus agujeros. Aquellos ratones con alas le causaban una triste impresión, tenían algo de muy lúgubre, de muy negro, con su afición a vivir en las viejas ruinas monumentales, su afición a la sombra de la noche, y su negrura tétrica, untosa. Casi comprendían que produjesen en los chicuelos aquel deseo de extender las alas gelatinosas y de crucificarlos y martirizarlos, como una represalia. Los inocentes mamíferos parecían seres del mal, los terribles vampiros de las leyendas misteriosas y sangrientas. Era un mal presagio hallarlos a la entrada.

Buscaban a los animales que habían sido sus amigos, contentos de volver-

los a ver como si fuesen antiguos conocidos. Así solo se detuvieron ante el estanque de la Foca, la alegre amiga, ya despierta, que había comenzado su continuo trabajo de saltar fuera del agua y de zambullirse de nuevo. Los ojos de cristal, frios e inmóviles, como los de las muñecas de cera, parecían no ver nada, no había ni un vestigio de ser inteligenteque respondiese a una sensación afectuosa.

Se dirigieron con prisa al departamento de los monos; deseaban volver a contemplar a la feliz pareja de granjeros, que tanto le gustaban a Ana.

Les parecía que los iban a conocer, y ponían en su afecto hacia los animales del Parque aquel cariño engañoso que hace formarse a otros la ilusión de sentirse amados por un niño pequeño o por un animalillo doméstico. Llevaban ambos su paquetito de chocolate en el bolsillo.

En la jaula de Faustino no estaba ya la pareja de chimpancés, parecía desierta, con ese aspecto triste, mohoso, que toman las habitaciones abandonadas.

Antonio le hizo una seña a uno de los empleados que pasaba y poniéndole un par de *tostones* en la mano (una peseta con el cambio a la par) le preguntó:

—¿Dónde está la jaula de Faustino? ¿me hace usted el favor?...

—Es esta, mío señor.

—¿Pero y los chimpancés?

El hombre en vez de responder formuló otra pregunta.

—¿Conoce el señor la historia de Faustino que?...

—Sí. Sè que era hijo de una pareja de chimpancés muy famosos y que el padre se murió al perder a su compañera.

—Bueno, pues ahora parece que se acaba la especie... La pobre Katherine estaba tísica... y se murió. Hubiera querido que viese usted a Faustino... Lloraba como un hombre cuando se la llevaron... Le daban unos ataques de rabia que se ponía como loco. No durmió en toda la noche. Todos creíamos que le iba a pasar lo que a su padre... pero cuando le llevaron la comida... comió... Nos creimos que como animal no se acordaría más de su compañera, que al fin y al cabo las personas son y no se mueren... pero desde entonces no ha vuelto a echar luz, se ha vuelto intratable, y se pasa la vida acurrucado en un rincón, sin acercarse a los hierros, sin hacer caso de nadie. Se ha idiotizado y no hace más que comer y dormir. Ya no viene nadie a visitar esta jaula.

El hombre se levantó el sombrero, mientras pronunciaba las últimas palabras, y se alejó.

Ana y Antonio se miraron desconcertados. ¡Qué vulgar término para aquella historia de amor, que no solo ellos habían fantaseado sino que había conmovido a todo un pueblo!

Se inclinaron mirando entre los hierros y vieron a Faustino, canoso, envejecido, minado ya por la tisis y por esa enfermedad de su raza que les corroe los huesos y hace caerse a pedazos su cola.

Experimentaban piedad y rabia hacia aquel animal, que no había sabido ser fiel más allá de la muerte y poner término a su tristeza.

Ana introdujo la mano a través de las rejas y mostrando su paquetito de chocolate llamó:

—¡Faustino! ¡Faustino!

Fuese que reconociese el eco de la voz, fuese que despertaba su gula el olor del cacao, el mono levantó la cabeza, se incorporó desperezándose trabajosamente y se aproximó con lentitud a los hierros.

¿Recordaba? Ana hubiese querido ver una muestra de su antigua inteligencia; pero el animal tenía el semblante embrutecido, inmóvil, los ojos sin expresión, como si todo su espíritu hubiese huido con la mona.

—Quizás esta imbecilidad es dolor—dijo.

Entregó al mono la golosina con cierto miedo de que la tocase con su pata negra.

El Chimpancé deshizo el paquetito y comenzó a comerlo con deleite.

—¿Y Katherine?—preguntó la joven.

El animal no hizo caso.

—¡Katherine! ¡Katherine!—Llamó ella como para despertar un recuerdo.

La misma indiferencia.

Había acabado de comer y parecía esperar más.

Entonces Antonio sacó su paquetito, el destinado a la mona, y enseñándoselo dijo:

—Baila, Faustino.

El animal se apoyó en el dorso de las manos y dió al aire su grotesca zapateta.

Antonio le arrojó el chocolate. El animal lo cogió y como avergonzado de su acción retrocedió unos pasos y fué á sentarse al otro extremo de la jaula, con un aire entre satisfecho y cansado.

—Habíamos idealizado demasiado a una pareja de animales, querida—dijo él —No hay motivo para esta decepción.

—No digas eso. Mira el ejemplo de su padre, de Jim, en el Parque de Londres.

—Y aunque sea así ¿vamos a pretender por eso que todos los chimpancés se mueran de amor?

Ella guardó silencio.

—Tal vez—continuó él—casi todas las adivinaciones, las gracias, los rasgos que hemos visto en él, eran solo obra de nuestra imaginación. Las pobres bestias inconscientes no sentían nada de lo que les hemos atribuido. Nos quejamos de un engaño que es obra nuestra.

—No. Míralo que triste está—respondió ella—apena verlo tan solito, y ya viejo... Yo sigo creyendo que sufre un dolor de hombre... pero no ha sido superior al hombre.

Aquel reproche sensiblero disgustó a Antonio que repuso con brusquedad:

—Hacemos una tonteria en venir tanto a estos sitios. Será mejor no volvernos a estar aquí.

—Creo lo mismo.

Los dos estaban descontentos, contrariados. Se alejaron lentamente, con la íntima decisión de no volver ya más.

La sensación amarga, penosa, que experímentaban, tenía en el fondo algo de áspero. Los asustaba el ejemplo de aquellos animales primitivos, en los que se veía más claramente cómo la vida se imponía, lo avasallaba todo imperiosamente.

Se alejaron del pobre y apiadable Chimpancé, que se deshacía con la fiebre de la tuberculosis en aquella jaula donde imprudentemente se acercaban las gentes, curiosas e inconscientes.

Ya no les parecía tan bello el Parque, palidecía el recuerdo de las magnificencias que habían hallado en los otros Parques de Europa, casi se arrepentían de haber puesto aquel marco a la exaltación de su cariño.

Se alejaban tristemente, sabiendo que ya no habían de volver a citarse en un Parque Zoológico.

Carmen de Burgos
Colombine

PRENSA POPULAR.—Calvo Asensio, 3.—Madrid.—Apartado 498

TOS FERINA — QUITAFERINA LA PLANA PEREZ MARTIN ALCALA 9 MADRID

MUEBLES
de lujo y económicos.
Sección de alquilar en los pisos entresuelo y principal.

CASA SOTOCA
Echegaray, 8. Toda la casa, próximo a Carrera de San Jerónimo, (antes Hortaleza, 39)
Hay guardamuebles.

Farmacia de la Viuda de G. LÓPEZ
Plaza de Isabel II, 1.-Madrid.

Camisería Ridruejo
Novedades en corbatas, cuellos y puños.---Abrigos de señora gran fantasía.-Medias y calcetines.---Géneros de punto.---Pañuelos de seda y algodón.
Canastillas y equipos.

R. Martínez Ridruejo
Fuencarral, 96 y Apodaca, 2
MADRID

Suaviza el cutis
ALCOHOLATO
Lo mejor para fricción.
Alcoholera. -- Carmen, 10

El mejor tónico y nutritivo.

¡EUREKA!
ES EL MEJOR CALZADO
Nicolás M. Rivero, 11
MADRID

Cabeza sana. La desidia es casi siempre la causa de que haya tanta cabeza calva, o con placas, o con caspa. Usando el agua **La Flor de Oro,** que limpia y tonifica el cabello, curaréis y evitaréis sus enfermedades, conservándolo abundante y con su color primitivo.-Se vende en las perfumerías y droguerías.

Publicaciones de PRENSA POPULAR

MADRID.-CALVO ASENSIO, 3.-APARTADO 498

KIRIKI — Colección completa de 18 cuadernos. Precio: 20 céntimos número.

FRINE — Colección completa de 17 cuadernos, Precio: 15 céntimos número.

ANIMALES — Colección completa de 32 cuadernos. Precio: 20 céntimos número.

La novela TEATRAL publicará el domingo 7 de Noviembre el vodevil en tres actos, titulado,

"ELAS"

José Juan Cadenas y Emilio Sánchez Pastor.

20 cts.

Treinta años de éxito creciente.

SUSCRIBASE USTED

A NUESTRAS
POPULARISIMAS
REVISTAS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN POR AÑO

	Madrid y Provincias.	Extranjero.
La Novela Corta	7,50	10,00
La Novela Teatral	9,00	12,00
La Novela Corta y La Novela Teatral	15,00	20,00

(Suscripción combinada.)

MADRID. — CALLE DE CALVO ASENSIO, 3. — APARTADO 498